



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 16

29.01.2023

DOMINGO DE LA 4ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De la Profecía de Sofonías (Sof 2, 3; 3, 12-13)
Salmo Responsorial	Salmo 145 (Sal 145, 6c-7. 8-9a. 9bc-10)
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1Cor 1, 26-31)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MATEO (MT 5, 1-12A):

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

“... Les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu...”



Todos los hombres, sin excepción, desean la felicidad, la dicha: para uno está en la voluptuosidad de los sentidos y la suavidad de la vida; para otro, en la virtud; para otro, en el conocimiento de la verdad. Por eso, el que enseña a todos los hombres, el que es «El Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6) endereza, dirige, acoge y comienza por esta palabra: **«Dichosos los pobres en el espíritu».**

La falsa sabiduría de este mundo, que es auténtica locura (1Co 3,19), declara dichosa «la raza extranjera, cuya diestra jura en falso, cuya boca dice falsedades» (Sal 143, 7-13). Pero todas sus riquezas son inseguras, su paz no es paz (Jr 6,14), su gozo, estúpido. Por el contrario, la Sabiduría de Dios, el Hijo por naturaleza, la boca que dice la verdad, dice: **«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».**

La Formación Litúrgica del Pueblo de Dios

Carta «*Desiderio Desideravi*» del Santo Padre Francisco

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22, 15). (8)

(“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”). (Continúa la Carta del Santo Padre):

7. La necesidad de una seria y vital formación litúrgica (cont.)

Para los ministros y para todos los bautizados, la **formación litúrgica** no es algo que se pueda adquirir de una vez para siempre; puesto que el don del misterio celebrado supera nuestra capacidad de conocimiento, este compromiso deberá acompañar a la formación permanente de todos y cada uno, con la humildad de los pequeños.



Los seminarios, además del estudio, deben ofrecer la oportunidad de experimentar una celebración, no sólo ejemplar desde el punto de vista ritual, sino auténtica, vital, que permita vivir esa verdadera comunión con Dios, a la cual debe tender también el conocimiento teológico. **Sólo la acción del Espíritu puede perfeccionar nuestro conocimiento del misterio de Dios, que no es cuestión de comprensión mental, sino de una relación que toca la vida.** Esta experiencia es fundamental para que, una vez sean ministros ordenados, puedan acompañar a las comunidades en el mismo camino de conocimiento del misterio de Dios, que es misterio de amor.

Esto nos lleva a reflexionar sobre el segundo significado acerca de la expresión “**formación litúrgica**”. Por cuanto hemos dicho sobre la naturaleza de la Liturgia, resulta evidente que el conocimiento del misterio de Cristo, cuestión decisiva para nuestra vida, no consiste en la asimilación mental de una idea, sino en una real implicación existencial con su persona. En este sentido, **la Liturgia no tiene que ver con el “conocimiento”, y su finalidad no es primordialmente pedagógica, sino que es la alabanza, la acción de gracias por la Pascua del Hijo,** cuya fuerza salvadora llega a nuestra vida.

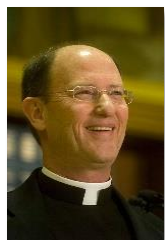
La celebración tiene que ver con la realidad de ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella. **La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él.** Esta es la finalidad para la cual se ha dado el Espíritu, cuya acción es siempre y únicamente confeccionar el Cuerpo de Cristo. Es así con el pan eucarístico, es así para todo bautizado llamado a ser, cada vez más, lo que recibió como don en el bautismo, es decir, ser miembro del Cuerpo de Cristo. León Magno escribe: «**Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no tiende a otra cosa sino a convertirnos en lo que comemos**».

Esta implicación existencial tiene lugar por vía sacramental. La Liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos... **Toda la creación es manifestación del amor de Dios: desde que ese mismo amor se ha manifestado en plenitud en la cruz de Jesús, toda la creación es atraída por Él.** Es toda la creación la que es asumida para ser puesta al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre. Así lo proclama la plegaria sobre el agua para la **fuentes bautismal**, al igual que la del aceite para el **sagrado crisma** y las palabras de la **presentación del pan y el vino**, frutos de la tierra y del trabajo del hombre.

La Liturgia da gloria a Dios no porque podamos añadir algo a la belleza de la luz inaccesible en la que Él habita o a la perfección del canto angélico, que resuena eternamente en las moradas celestiales. La Liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios y, al verlo, revivir por su Pascua: nosotros, **‘que estábamos muertos por los pecados, hemos revivido por la gracia con Cristo’** (cfr. Ef 2,5), somos la gloria de Dios. San Ireneo nos lo recuerda así: «**La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios: si ya la revelación de Dios a través de la creación da vida a todos los seres que viven en la tierra, ¡cuánto más la manifestación del Padre a través del Verbo es causa de vida para los que ven a Dios!**»

Seguirá en la H.S. de la próxima semana...

Mons. Conley, hoy obispo de Lincoln, era presbiteriano y cuando ingresó en la Universidad era agnóstico. La necesidad de lo trascendental –verdad, belleza y bondad– lo llevó a buscar a Dios. “Empecé a visitar Iglesias. La mayoría a las que asistí tenían alguna forma de santa comunión”, p. e., presbiterianos, metodistas y episcopales. Luego asistió a clases sobre las enseñanzas de la Iglesia Católica. Le cautivó la enseñanza de la Iglesia sobre la Eucaristía. Entre las diferentes Iglesias visitadas, solo los católicos y los ortodoxos creen en la transubstanciación. Cuando el sacerdote dice en la consagración las palabras que dijo Cristo en la Última Cena, las especies eucarísticas se convierten en el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del Señor. “Me sorprendió, que Cristo está verdaderamente presente”, comenta. También le conmovió que la Iglesia Católica siga fielmente el mandato de Cristo a los apóstoles: “Haced esto en memoria mía”.



Para él era singular la reverencia y respeto de los católicos por la Eucaristía. En los templos católicos las especies eucarísticas se colocan cuidadosamente en un copón, que luego se conserva en el tabernáculo. Ante éste se arrodillan los católicos, pues dentro está la presencia de Dios. Su asombro fue mayor cuando asistió a la liturgia de la Bendición con el Santísimo Sacramento y vio la reverencia con que el sacerdote retiraba la Eucaristía del tabernáculo y la exponía para su adoración. “Fue entonces cuando me di cuenta. ¡Vaya, estos católicos realmente creen [es Cristo]!”, dijo para sí mismo.

En el tercer año de universidad, se convirtió al catolicismo. “La verdad de la presencia real de Jesús fue fundamental para mi conversión al catolicismo”. “Las palabras de Jesús en el evangelio de Juan, continuaban admirándome: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» “Si realmente creía que estas palabras eran verdaderas, tenía que ser católico”.

De bautista a católica: Sonja Corbitt, una ex bautista, comenzó a analizar la Reforma Protestante, después de producirse dos divisiones de Iglesias en la parroquia a la que ella y su esposo asistían en las afueras de Nashville. Su lectura de los Padres de la Iglesia, las Escrituras y el Catecismo pronto la convenció de que la Iglesia Católica era “el pilar y fundamento de la verdad”. La Eucaristía fue el primer tema teológico que me enamoró”, dijo Corbitt. Cuando leí en los escritos, de los Padres de la Iglesia, Ignacio de Antioquía y Justino Mártir, que la Eucaristía es el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo, pensé: “Si podemos hacer algo tan monumental mal, entonces ¿en qué más nos hemos equivocado?”



Apasionada por las Escrituras, Corbitt inmediatamente fue al Evangelio de Juan, capítulo 6, particularmente al “Discurso del Pan de Vida” (6: 22-59). “Me di cuenta muy clara y rápidamente de que eso no puede significar nada más que lo que la Iglesia Católica ha enseñado desde el principio. Si lo lees en el griego original, y ves los términos usados y los lees en contexto, y en el contexto de los tipos del Antiguo Testamento, que presagian la Eucaristía del Nuevo Testamento, no hay otro significado para ese Discurso del Pan de Vida que lo que la Iglesia Católica enseña. Simplemente no puede ser otra cosa.

Corbitt había deseado y orado durante mucho tiempo por una manera de estar más cerca de Cristo. Se dio cuenta de que su descubrimiento de la verdad y el misterio de la Eucaristía era la respuesta a esa oración. “Pensé: ¡Tengo que tener eso!”, dijo Corbitt, y agregó que fue recibida en la Iglesia en 2006. “Fue el momento más hermoso de toda mi vida espiritual y lloré muy fuerte. Describió la enseñanza católica sobre la Eucaristía como “super-bíblica”. “Es la doctrina del cristianismo más preparada en el Antiguo Testamento, excepto posiblemente la del pacto y el amor de Dios por nosotros”, comentó.



LA DIVINIDAD DE JESÚS (16): LA RESURRECCION DE JESÚS (2)

AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y de los que la mayor parte aún vivían entre ellos. Estos "testigos de la Resurrección de Cristo" son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los Apóstoles.



Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por Él de antemano. La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos ("la cara sombría": y asustados). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y "sus palabras les parecían como desatinos". Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua "les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado".

Tan imposible les parece la cosa que, incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía: creen ver un espíritu. "No acaban de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados". Tomás conocerá la misma prueba de la duda y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, "algunos sin embargo dudaron". Por esto la hipótesis según la cual la resurrección habría sido un "producto" de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació —bajo la acción de la gracia divina— de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto y el compartir la comida. Les invita así a reconocer que Él no es un espíritu, pero sobre todo a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido crucificado, ya que sigue llevando las huellas de su pasión. Este cuerpo auténtico y real posee sin embargo al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre. Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un jardinero o "bajo otra figura" distinta de la que les era familiar a los discípulos, y eso para suscitar su fe.

La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que Él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena "ordinaria". En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial".